

INTRODUCCION

«La gloria de Dios es que el hombre viva. Pero la vida auténtica del hombre es su encuentro con Dios.» Estas reflexiones de Ireneo, el gran «eclesiástico» del siglo II que desenmascaró la primera gran impostura o mistificación del cristianismo en la Historia, no son ya tan evidentes en nuestro tiempo como lo fueron en el suyo. La pregunta por la existencia humana, por el sentido de su vida, va ciertamente unida a la propia historia de la humanidad. Pero desde hace más de un siglo, al menos en Occidente, el hombre está experimentando un cambio en la valoración del mundo y de sí mismo. Consecuencia de toda esta nueva escala de valores es la afirmación de que la pregunta sobre Dios, sobre lo Absoluto, lo Trascendente, carece de sentido. Feuerbach, Marx, Nietzsche, Heidegger, Wittgenstein, Popper, serían los pontífices de la nueva situación.

En un primer artículo J. ALFARO, profesor en la Universidad Gregoriana y antiguo alumno de Oña, muestra cómo «la cuestión del hombre» es la pregunta fundamental y básica que siempre nos hacemos. Al mundo sólo lo experimentamos en relación con nosotros mismos. Dios tampoco es objeto, al menos inmediato, de experiencia. Pero el hombre tiene una voluntad apriórica de vivir. Y «vivir» es siempre encontrar sentido a esa totalidad que lo constituye y que al mismo tiempo se le presenta como amenazante (muerte). «Sentido», a su vez, no es sólo algo teórico, sino también práxico y decisorio. Así el hombre es radicalmente autocuestionante y autocuestionado. Por eso, si encuentra respuesta, será siempre más allá de él mismo. Si no encuentra respuesta dentro de la realidad total e inmanente (mundo-humanidad-historia), no se deberá excluir arbitrariamente la cuestión de una realidad trascendente. La «cuestión de Dios» va implícita en la «cuestión del hombre».

Planteada así la «cuestión de Dios», el profesor de la Universidad de Comillas J. R. GARCÍA-MURGA analiza los factores filosóficos y culturales que han condicionado el tratado específico sobre Dios. Se ha repetido varias veces a lo largo de estas páginas que el siglo de existencia de esta Facultad quedaba enmarcado por dos piedras miliarias llamativamente visibles: la Encíclica *Aeterni Patris* de León XIII y la Constitución Apostólica de Juan Pablo II *Sapientia christiana*. Simplificando se puede decir que la diversidad de horizonte que reflejan los dos documentos ha sido originada más bien por un ensanchamiento. La mediación que a partir de 1879 ejerció sobre la Teología la Filosofía ha ido abriéndose paso en este siglo a otro tipo de saberes colindantes. Así la *Sapientia christiana* presupone una Teología en diálogo con la cultura de cada época y lugar. Esta mediación de los factores culturales se nota particularmente en la reflexión sobre Dios, que ahora se hace desde categorías personalistas e historicistas. Estas categorías, más culturales que filosóficas en su sentido último, repercuten obviamente en «lo interior de Dios». Persona es siempre algo relativo, pero que supone como «dato» objetivo la libertad y consiguientemente la solidaridad. Con ello se vuelve otra vez a la inevitable metafísica, ya que el horizonte de comprensión había sido no sustituido, sino ensanchado. De ahí que el tomismo siga vigente. El pensamiento de Santo Tomás fue fecundo porque respondió a las cuestiones últimas. Y éstas siguen estando presentes, a condición de que se hagan desde su correspondiente momento histórico.

«La cuestión de Dios» queda planteada aprióricamente desde «la cuestión del hombre». Justificada *a posteriori*, provoca ella misma una nueva pregunta, quizá aún más acuciante: su relación con lo «no-Dios» o creación.

L. M. ARMENDÁRIZ, profesor en la Facultad de Deusto, pasa revista en su artículo a este tema a lo largo de los cien años de vida académica. Cuatro etapas y cuatro nombres (Mendive, Beraza, Sagüés y el propio Armendáriz) señalan los cuatro movimientos de este artículo, que ha sido concebido por su autor, como él mismo dice, con resonancias musicales. El tratado sobre la creación, que allá por el año 1880 era algo así como un apéndice, yuxtapuesto al tratado de los ángeles, viene a ser concebido, al cabo de cien años, como una prolongación del tratado de Trinidad. Estos dos extremos señalan la magnitud del cambio. Las fuentes teológicas, largo tiempo entretenidas en sancionar conclusiones de la filosofía, aunque ésta fuera cristiana, han ido recobrando su propia dignidad y se han emancipado de esa tutela o

servidumbre. Cristo es el corazón de la propia creación, y ésta ha reganado su condición de misterio de fe.

«La cuestión del hombre» a su vez se ha convertido en un nuevo tratado de la Teología escolar: la Antropología teológica. L. LADARIA, profesor de la Universidad Comillas, estudia las causas de este proceso, todavía no acabado ni del todo aceptado: factores extrateológicos (desarrollo de las ciencias naturales e históricas, unidad del hombre frente a todo dualismo, nueva concepción de la persona humana como ser libre y responsable) y factores teológicos (mayor atención a la Escritura e Historia de los Dogmas, nueva visión de la acción de Dios *ad extra* como *Historia salutis*, unidad del pan salvífico en torno a la persona de Cristo). Desde esta perspectiva antropológica se analizan los cuatro temas clásicos del nuevo tratado (creación del hombre, elevación, pecado y gracia) en los profesores de Oña a lo largo de sus diversas etapas. Un balance final pone de manifiesto la falta de perspectiva para valorar en conjunto la evolución llevada a cabo, que sin embargo debe continuar por el camino emprendido.

* * *

Un último artículo analiza la relación Dios-hombre desde el ángulo escatológico. Hace algunos años H. Urs v. Balthasar comparaba la diversa situación que se daba entre la teología protestante de finales de siglo pasado y la que gira en torno a la primera guerra mundial. Si en la primera el despacho de lo escatológico estaba más bien cerrado, en la segunda se trabajaba en horas extraordinarias. La teología católica tampoco pudo sentirse al abrigo de las tormentas. Si a veces, siguiendo con las comparaciones, cerró el despacho por reformas, el Vaticano II no pudo eludir el problema y tocar la dura realidad. Sea lo que fuere del resultado de este proceso en que nos encontramos inmersos, lo cierto es que la Escatología se ha convertido en una dimensión de la Teología, y en concreto de las reflexiones que brotan en torno a «la cuestión del hombre» y «la cuestión de Dios».

A. TORNOS, profesor en la Universidad Comillas, estudia la Escatología en la producción teológica de la Facultad bajo este último aspecto, replanteando así una vez más las cuestiones del método teológico. Dos personas (Beraza y Sagüés), cuyos libros de texto tuvieron un amplio influjo, polarizan básicamente la atención de este trabajo. Desde ellos se analizan el horizonte intelectual y las dimensiones principales de la escatología oniense (inserción social, relación con las fuentes teológicas, principios reguladores del tratado, destinatarios y cuer-

pos sociales productores) para llegar a la pregunta del último apartado, clave en el artículo: ¿Responde el pensamiento escatológico que se imparte hoy en las aulas a las demandas teológicas reales?

Cerramos esta introducción, diseñada desde «la cuestión del hombre», con ese último interrogante. Este quedaría malentendido si se plantease únicamente como un problema de contenidos. Hay en él algo mucho más profundo que afecta a todo el quehacer teológico. No en vano hemos repetido que la Escatología es principalmente una dimensión de toda la reflexión teológica. Esta posee hoy un carácter marcadamente «antropológico». Pero sólo será realmente «teológica» si de veras logra situarse en las perspectivas que abrió Ireneo de Lyon, cuando escribió: «La gloria de Dios es que el hombre viva. Pero la vida auténtica del hombre es su encuentro con Dios.»